



Isabel Castells Molina

ENTRE BACO Y AMADÍS: REPRESENTACIONES
DEL VINO EN EL "QUIJOTE"



demasiá al mosto, como cualquiera de nuestros bohemios literarios!”¹

Al referirse a estos “bohemios,” tal vez Mira de Amezcuca podía pensar en autores como Lope y Quevedo, cuya afición por el vino parece verse reflejada en estos paródicos versos atribuidos a Luis de Góngora:

Hoy hacen amistad nueva

Más por Baco que por Febo

Don Francisco de Quebebo

*Y Félix Lope de Beba.*²

Sin entrar en peregrinas consideraciones sobre el carácter más o menos “bohemio” de un autor que va adquiriendo un perfil más humano y menos divino gracias a biografías como la de Jean Canavaggio, lo cierto es que resulta difícil pensar que Cervantes desconocía o no disfrutaba de los placeres del vino, teniendo en cuenta no sólo su ajetreada vida sino que, incluso, residió algunos años en Esquivias, lugar famoso justamente por la generosidad de sus vides.

Él mismo reconoce, en efecto, las excelencias del lugar en el prólogo al *Persiles*:

*Sucedió, pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo de lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos...*³

Pero dejemos a un lado al autor, perspectiva siempre peligrosa, y centrémonos en su gran novela. Y hagámoslo con prudencia, intentando no caer en la tentación de querer encontrar en el *Quijote* todo lo que estamos buscando.

Desde este planteamiento, habrá que empezar a reconocer, pues, que, aunque como dije más arriba, hay algunos episodios en los que la gastronomía y el vino

ENTRE BACO Y AMADÍS: REPRESENTACIONES DEL VINO EN EL “QUIJOTE”

Como introductor, entre otras muchas cosas, del realismo literario, Cervantes nos ofrece en el *Quijote* un retrato más o menos específico de la España de su época, lo que ha llevado a muchos historiadores a acudir a la novela en busca de referencias sobre usos y costumbres que van desde lo lingüístico hasta los más pequeños detalles relacionados con la vida cotidiana. Los hábitos gastronómicos no iban a ser una excepción y en este apasionante *road movie* que constituye la novela, encontraremos un variado elenco de personajes que comparten vivencias y conversaciones en distintos ambientes, muchas veces condimentados con deliciosas viandas y escanciados con diferentes vinos.

El tratamiento reverencial y muchas veces hagiográfico al que ha sido sometido Cervantes desde que sus más rancios biógrafos le otorgaran la consideración de *padre sagrado* de nuestras letras hizo que autores como Mira de Amezcuca quisieran apartarlo de toda asociación con el voluptuoso néctar de Baco, tal y como refleja esta elocuente exclamación: “¡Líbreme Dios también de suponer a Cervantes aficionado en

¹ Esta cita procede del interesante libro *El vino y su cultura, su tradición, su literatura y su mundo*, de Antonio Rey Hazas, Madrid, Eneida, 2010, pág. 54, en el que encontramos jugosas referencias a la cultura vinícola en la España del Siglo de Oro.

² En *El vino y... su mundo*, pág. 55.

³ Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, edición de Juan Bautista Avalle-Arce, Madrid, Castalia, 1985, pág. 47.

Isabel Castells Molina
Departamento de Literatura Española
Universidad de La Laguna

ocupan un lugar importante, sería inapropiado buscar en el *Quijote* una Guía del vinófilo de la España de los Siglos de Oro, ni mucho menos pretender que las sesiones alrededor de una o varias copas tienen una especial repercusión en el desarrollo del argumento o en la evolución de los personajes.

Y esto es así por la sencilla razón de que el personaje principal, don Quijote, se rige por imitación de un código caballeresco y un heroico personaje, Amadís de Gaula, en quien el vino no tiene ningún lugar o, al menos, no en la memoria del hidalgo convertido en caballero andante.

Ni siquiera, de hecho, don Alonso Quijano “el Bueno” incluye esta costumbre en su vida cotidiana, como vemos en las famosas palabras introductorias de la novela, donde encontramos una detallada relación de los menús semanales del viejo hidalgo antes de convertirse en caballero:

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda.⁴

Y cuando Alonso Quijano se convierte en don Quijote, tampoco bebe vino y si, como veremos pronto, tiene algún contacto con él es porque, en su imaginación libresca, lo metamorfosea en un elemento mágico más acorde con su monomanía literaria que con la realidad que lo rodea.

⁴ Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, Barcelona, Planeta, 1980, edición de Martín de Riquer, págs. 31-32. En adelante, citaré por esta edición, indicando la parte de la novela, el capítulo y la página entre paréntesis.



Y no sólo no vemos a don Quijote beber vino en ningún momento de la novela, sino que llega a aconsejar a Sancho Panza que no abuse de este hábito, más arraigado, como también veremos, en el hedonista escudero: “Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto, ni cumple palabra” (II, 43, 871).

Sentadas estas premisas, podemos empezar ahora a rastrear los momentos en los que aparece el néctar de Baco en la novela, teniendo en cuenta la diferente postura desde la que se relacionan con él nuestros contrapuestos protagonistas.

Empecemos, pues, con don Quijote. La primera –y única– vez que lo encontramos haciendo algo parecido a

beber vino tiene lugar en uno de los momentos en los que la parodia cervantina alcanza su cota más elevada: el grotesco nombramiento como caballero en una sórdida venta cuyos huéspedes encuentran una oportunidad de burlarse del excéntrico cincuentón:

Pusieronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trájole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía; y así, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas, al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y, puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada. (I, 2, 47)

El segundo momento, no menos grotesco y paródico, ocurre también en una venta, cuando don Quijote, después de recibir una de sus múltiples palizas, decide utilizar el vino como uno de los ingredientes para preparar su supuestamente medicinal “bálsamo de Fierabrás”, que tantos momentos cómicos nos proporciona, no

sólo mientras don Quijote, contrafactura esperpéntica de un médico, lo prepara sino cuando el inconsciente Sancho Panza se atreve a tomarlo.

Veamos primero la confección del mejunje:

Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.[...]

En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echarlo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza o aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación, y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición...(I, 17, 166)

Mientras este estrafalario brebaje causa un efecto *placido* y sirve a la *curación* del literaturizado caballero, para Sancho Panza constituye un brutal ataque al estómago que da lugar a este divertido diálogo con desenlace escatológico:

—Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero; porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar a los que no lo son.

—Si eso sabía vuestra merced —replicó Sancho—, ¡mal haya yo y toda mi parentela! ¿para qué consintió que lo gustase?

En esto, hizo su operación el brebaje y comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales, con tanta prisa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto a echar, ni la manta de anejo con que se cubría, fueron más de provecho. (I, 17, 167)

Sin embargo, y aunque los efectos que el paródico bálsamo de Fierabrás son tan distintos en caballero y escudero, lo cierto es que el hecho de que don Quijote se haya servido del vino con una finalidad medicinal refleja una costumbre muy frecuente en la época de Cervantes y que se remonta a la tradición grecolatina, con Hipócrates y Galeno. De hecho, Antonio Rey Hazas, en su manual ya mencionado, testimonia una relación de

gastos en el Hospital de Esgreva (Valladolid) en la que se incluye el vino como una medicina más:

-año 1573, 38 maravedíes en vino para 34 enfermos

-año 1579, 62 maravedíes para 44 convalescientes.⁵

Este episodio del *Quijote* nos recuerda a uno de los momentos más célebres de *El Lazarillo de Tormes*, concretamente al desenlace del Tratado en el que el inclemente ciego propina a su joven criado una paliza por haberlo descubierto robándole el vino. Notemos cómo el propio Lázaro nos relata su *desventura* y prestemos especial atención al cruel sarcasmo de las palabras del ciego, en las que otorga al disputado líquido un poder curativo:

Y luego otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía; estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima.

Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé.

Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y, aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y, sonriéndose, decía:

—¿Qué te parece Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud —y otros donaires que a mi gusto no lo eran.⁶

Una vez más, Antonio Rey Hazas nos ofrece un testimonio del remedio que utiliza el ciego para curar las heridas de Lázaro. Veamos esta prescripción de Agustín Fargán en su *Breve tratado de la medicina*, de 1592:

⁵ Antonio Rey Hazas, *El vino y ... su mundo*, pág. 24.

⁶ *La vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, prólogo de Francisco Rico y edición de Miguel Requena, Barcelona, Círculo de Lectores, 1991, pág. 71.

“Si la herida, a la larga, no tiene necesidad de puntos, sólo limpiarla bien de sangre, y lavarla con muy buen vino, y juntar los labios de ella”.⁷

Regresando al *Quijote*, recordemos ahora uno de los momentos más conocidos de la novela: el de la *aventura* de los cueros de vino que, en su monomanía caballeresca y su consecuente labor metamorfoseadora, el recién nacido caballero confunde, como en otras ocasiones hace con los famosos molinos de viento o el rebaño de ovejas, con peligrosos enemigos —*espantables vestiglos*, como él los llama— a los que debe atacar y vencer. En este caso, la analogía del vino tinto con la sangre facilita la confusión y propicia la comicidad de un episodio desarrollado, una vez más, en una popular venta y que con toda seguridad desató más de una carcajada entre los lectores contemporáneos de Cervantes:

Y es lo bueno que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fue tan intensa la imaginación de la aventura que iba a fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. (I, 35, 383)



FIG. 1. *Aventura de los cueros de vino*. Grabado de Gustavo Doré

Y he aquí la encolerizada reacción del ventero ante la locura de don Quijote y la credulidad de Sancho, en una escena en la que, como vemos, el vino no es más que un recurso para la parodia:

—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? —dijo el ventero—. ¿No ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma, en los infiernos, de quien los horadó?

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habían de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de echar a los rotos cueros. (I, 35, 384)

Tenemos que esperar a la Segunda Parte de la novela, concretamente al episodio que relata el encuentro con don Diego Miranda, el caballero del Verde Gabán, para que la visión de unas tinajas de vino conduzca nuevamente a don Quijote a los confines, no de Baco sino de Apolo:

Halló Don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas, empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega, en el patio; la cueva, en el portal, y muchas tinajas a la redonda, que, por ser del Toboso, le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea; y suspirando, y sin mirar lo que decía, ni delante de quién estaba, dijo:

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas, dulces y alegres cuando Dios quería!

¡Oh tobosescas tinajas, que me habéis traído a la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!

(II, 18, 686)

Una vez más, resulta paródico —y debió ser enormemente hilarante para el lector de la época— el hecho de que sean unas tinajas lo que traiga a la memoria del *enamorado* caballero el recuerdo de una amada que, como todos sabemos, poco o nada tiene que ver con el neoplatonismo de los versos de Garcilaso de la Vega que Cervantes pone en boca de su personaje. En efecto, convertir las “dulces prendas” del más exquisito

representante del petrarquismo renacentista español⁸ en unas “tobosescas tinajas” no puede ser más desmitificador, lo que, una vez más, convierte este momento de la novela en una revisión de la literatura de su época para la que el vino —representado por las tinajas— es un instrumento y no un fin en sí mismo.

Pero no podíamos esperar otra cosa, en relación con el tema que nos ocupa, de las aventuras protagonizadas por un personaje idealista y abstemio, que tiene completamente interiorizado el modelo ético y estético que quiere imitar y que no es capaz de ver el mundo que lo rodea con más ojos que los de su imaginación desatada. Porque don Quijote no ve: don Quijote lee. Y donde ve vino, lee “bálsamo de Fierabrás”; donde ve cueros de vino, lee “gigantes” y donde ve tinajas, lee dulces remembranzas de su inventada amada.

Tenemos que dirigir, por tanto, nuestra mirada hacia *el simpár* Sancho Panza, hedonista, glotón y nada desdeñoso ante los placeres de una abundante mesa y una buena bodega. Completamente opuesto, sobre todo en la Primera Parte de la novela, al idealismo y la autocensura de su amo, el escudero no desaprovecha la menor oportunidad de dejarse llevar por las delicias de Baco, por lo que será junto a él cuando encontremos las referencias al vino como tal, o, como diría el propio Sancho en su jerga refranera, podamos llamar “al pan, pan y al vino, vino”, alejándonos ya de la tendencia transformadora del caballero loco o de los gustos paródicos del escritor irónico.

⁸ En efecto, en esta ocasión, Cervantes está sacando de contexto, con fines claramente paródicos, los primeros versos del soneto X de Garcilaso de la Vega: “Oh, dulces prendas, por mi mal halladas / dulces y alegres cuando Dios quería / juntas estáis en la memoria mía / y con ella en mi muerte conjuradas”, en Garcilaso de la Vega, *Obra poética y textos en prosa*, edición de Bienvenido Morros, Barcelona, Crítica, 1995, pág. 25. En el soneto, las “dulces prendas” constituyen el estímulo no especificado que evoca en el poeta doliente el recuerdo de la amada perdida, de manera que la diferencia con lo que ocurre con las tinajas de la casa de Diego Miranda no puede ser más elocuente.



FIG. 2. *Sancho Panza* por Antonio Mingote

Ya desde los inicios de la novela se observa el diferente talante de los personajes y la capacidad de Sancho Panza para mejorar o sobrellevar con la ayuda del vino la andadura, no pocas veces tortuosa, junto a su amo:

Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento y, sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando empinaba la bota, con tanto gusto, que le pudiera

enviñar el más regalado bodegonero de Málaga. Y, en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen. (I, 7, 76)

Esta oposición de caracteres y actitudes no se establece sólo entre don Quijote y Sancho Panza, sino también entre sus dobles: el Caballero de los Espejos y su escudero. Asistamos a esta divertida conversación y veamos cómo se confrontan el mundo de la caballería —idealista, mesurado y más dado a los pesares que a las dichas— y el más pragmático y lúdico de los escuderos:

—Por mi fe, hermano —replicó el del Bosque—, que yo no tengo hecho el estómago a tagarninas, ni a piruétanos, ni a raíces de los montes. Allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren; fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzón de la silla, por sí o por no; y es tan devota mía y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos.

Y diciendo esto, se la puso en las manos a Sancho, el cual, empinándola, puesta a la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber, dejó caer la cabeza a un lado ...

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y

⁷ *Op. cit.*, pág. 25.

templarles la sed, que quitársela fuera imposible; y así, asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados a medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dejaremos por ahora, por contar lo que el Caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura. (II, 13, 652)

Con tan diferentes actitudes, no es, por tanto, extraño, que caballero y escudero afronten las aventuras de manera opuesta y resulta lógico que, cuando estas vienen acompañadas de buenas viandas y generosos vinos, Sancho Panza se resista a ponerles fin.

Esto sucede, por ejemplo, en el episodio de Las Bodas de Camacho, en el que un rico campesino intenta desposarse con la joven Quiteria y, en medio de la celebración, irrumpe su verdadero amor –Basilio– y ambos, bendecidos por don Quijote y el resto de asistentes, terminan juntos.



FIG. 3. *Las bodas de Camacho*. Eutimio Sánchez Rubio, 2008

Pero lo importante de este episodio no es ahora para nosotros esta emocionante trama sentimental, con la divertida “industria” de Basilio para recuperar a Quiteria, sino la relación de comidas y bebidas que allí encontramos y, sobre todo, la satisfacción con la que las degusta Sancho Panza.

Observemos el abundante y variado menú:

Lo primero que se le ofreció a la vista de Sancho fue espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo, y en el fuego donde se había de asar ardía un mediano monte de leña, y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban no se habían hecho en la común turquesa de las demás ollas; porque eran seis medias tinajas, que cada una cabía un rastro de carne: así embebían y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de ver, como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejo y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas no tenían número; los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase.

Contó Sancho más de sesenta zaques de más de a dos arrobas cada uno, y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos: así había rimeros de pan blanquísimo como lo suele haber de montones de trigo en las eras; los quesos, puestos como ladrillos enrejados, formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servían de freír cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zabullían en otra caldera de preparada miel que allí junto estaba. Finalmente el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podía sustentar a un ejército. Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. (II, 20-21, pág. 205)

Es comprensible, pues, el desconsuelo de Sancho cuando debe abandonar ese paraíso para acompañar a su amo en sus desastrosas andanzas y tampoco sorprende que no vea con buenos ojos la burla que se ha hecho a su anfitrión, con quien simpatiza inmediatamente sólo por la generosidad de su despensa.

Y, del mismo modo que venera a Camacho, Sancho Panza decide abandonar el falso gobierno de la ínsula Barataria precisamente porque una de las más crueles burlas a la que lo someten los duques es la de prohibirle, a través del odioso doctor Pedro Recio, los placeres de la mesa y, por supuesto, del vino:

No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume. (II, 47, 898)

Por esta y otras razones, Sancho abandona Barataria y, mientras va en busca de don Quijote, tiene lugar el encuentro con uno de los personajes más interesantes de la novela: el morisco Ricote, que se dirige al exilio tras haber sido expulsado de España tras el terrible Bando de 1609.



FIG. 4. *Sancho con Ricote y los peregrinos*. Grabado de Gustavo Doré

Dejando a un lado las diferencias culturales y religiosas que supuestamente deberían separarlos, Sancho y Ricote se saludan y comportan como quienes han sido amigos y vecinos y en este fraternal contexto es cuando se produce una de los más amenos y celebrados ágapes de los que ha podido disfrutar, con excepción de las mencionadas Bodas de Camacho, nuestro atribulado escudero.

Notemos, una vez más, la abundancia del menú –no por popular menos variado–, la variedad del vino y, sobre todo, la enorme satisfacción que conlleva a los personajes el hecho de combinar tan suculento banquete con la conversación cómplice:

Tendiéronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajadas de queso, huesos mundos de jamón, que si no se dejaban mascar, no defendían el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre: no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno; pero sabrosas y entretenidas; pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se había transformado de mo-

risco en alemán o en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podía competir con las cinco.

Comenzaron a comer con grandísimo gusto y muy de espacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto, todos a una, levantaron los brazos y las botas en el aire; puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecía sino que ponían en él la puntería; y desta manera, meneando las cabezas a un lado y a otro, señales que acreditaban el gusto que recibían, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas. (II, 54, 959)

Si hubiera que elegir, en efecto, un episodio de toda la novela en el que la comida y la bebida ocupan un lugar relevante, sería, sin duda alguna, este. El hecho de que dos personajes populares, con modestas pero sabrosas viandas, y –lo que es más importante– dos representantes de culturas y religiones que en ese momento eran casi enemigas, sean capaces de convivir armónica y lúdicamente alrededor de una mesa, aunque el mantel sea, en este caso, de hierba y tierra, es, tal vez, uno de los momentos del *Quijote* en que mejor se defienden la tolerancia, la amistad, la libertad, el hedonismo y tantos otros valores que caracterizan a esta novela de novelas.

Por otra parte, como ya vimos en el episodio de Camacho o en la descripción de la casa de don Diego Miranda, resulta muy interesante conocer los usos gastronómicos de la época e incluso poder, en función de ellos, observar las diferencias socioeconómicas entre los personajes.

Así pues, no sólo encontramos en el *Quijote* esos “duelos y quebrantos” típicos de la gastronomía manchega que vimos en el primer párrafo de la novela cuando se nos informaba de la rutina de Alonso Quijano “El Bueno”: como libro de aventuras y encrucijadas, de encuentros y conversaciones, de palacios y campos, de casas solariegas y populares ventas, ofrece al lector atento valiosa e interesante información sobre variados platos y sus ingredientes, sobre los vinos que los riegan y, principalmente, sobre los diferentes personajes en su capacidad de saborearlos, como Sancho, o de rechazarlos, como don Quijote.

Miguel de Cervantes no pretendió, desde luego, escribir un tratado sobre gastronomía ni hacer un estudio sobre los usos enológicos de su época, pero algo de eso se cuela entre las numerosas páginas de su riquísimo texto y es eso, precisamente, lo que puede hacer que, al saborear un buen vino manchego, podamos acordarnos de don Quijote, Sancho, Camacho o de Ricote y brindar a la salud del autor de la novela que les dio vida.

vinaletras

Fundación Alhóndiga

Mercadillo del Agricultor

Gastronomía

Ruta del Vino

Cultura

Paisaje

Tradición

Historia

Cultura

Paisaje

Ruta del Vino

Tradición

Gastronomía

Tacoronte, Tierra de Vinos



Exmo. Ayuntamiento de la Ciudad de Tacoronte



Tacoronte
Sensación de Tradición